

LA CIRCUNCISIÓN DE SENDER* (RAMÓN SENDER Y EL JUDAÍSMO)

Félix ROMEO
Escritor

Esta tarde vamos a hacer un viaje. Y también vamos a hacer una investigación. Es un viaje en el tiempo. Y es una investigación en los libros de Ramón Sender.

No os quiero hipnotizar, aunque a Ramón Sender le gustaba mucho el hipnotismo, como una más de las magias que le fascinaban. Pero sí que quiero que hagáis conmigo una cuenta atrás antes de empezar este viaje, antes de comenzar esta investigación.

He dudado entre dos números a la hora de elegir el que dé comienzo a esta cuenta atrás. A Ramón Sender le encantaban los números, y quizá mi investigación podría haber indagado en su fascinante relación con los números. Le gustaba mucho el 0, sea o no sea un número. Y le gustaba mucho el número 3. Basta recordar algunos de sus títulos, como *Tres novelas teresianas* o *Las Tres Sorores*. Ramón Sender sabía que el número 3 es uno de los que ha ordenado el mundo de las divinidades.

En *Hughes y el once negro*, el millonario Hughes y su secretario Mickey mantienen una discusión teológica sobre la Trinidad:

—¿Qué Iglesia es la suya, si tiene alguna?

El secretario alzó los ojos extrañado:

—Creo habérselo dicho hace tiempo en Canadá: la Iglesia Unitaria. [Que tenía por fundador, inspirador y santo profeta a Michaelis Servetus, como le llamaban en latín]

—¿Quiere decir que usted no cree en la Trinidad?

—En la historia del cristianismo no existe la Trinidad. [...] Ni en el Viejo Testamento ni en el Nuevo se habla una sola vez de la Trinidad, que es una idea pagana. La palabra misma era ignorada por los cristianos hasta algunos siglos después de Jesús.

* Texto de la conferencia impartida en Huesca por el escritor zaragozano Félix Romeo, el 28 de febrero de 2006, organizada por el CES para conmemorar el aniversario del nacimiento de Ramón J. Sender (Chalamera, 3 de febrero de 1901). La presentación corrió a cargo de José Domingo Dueñas Lorente, coordinador del CES. [N. de la R.]

Era difícil para Hughes aceptar aquello. Y Mickey se daba cuenta y seguía:

—El primero que habló de la Trinidad fue Constantino el Grande, que no tenía nada de cristiano y que nunca se bautizó.

Se sentía Hughes de veras desconcertado:

—¿Quiere usted decir que fue Constantino el inventor de la Trinidad?

—No, señor. Existía ya desde muchos siglos antes en Egipto con la alegoría de Isis, Osiris y Horus. Y antes todavía en la India con Brahma, Shiva y Visnú. Constantino creía en esas trinidades paganas. (Sender, 1984: 37-38)

Otro de los números preferidos de Ramón Sender era el 12. Pero el que ejercía mayor atracción sobre él era el número 13. Sin duda la expresión «seguir en sus trece» le servía de explicación de su propia vida, la de un hombre sin máscara.

Escribía Ramón Sender en *Por qué se suicidan las ballenas*, y se pueden leer en otros de sus libros media docena de versiones parecidas, que

«seguir en sus trece» [...] comienza a usarse solo después de los Reyes Católicos, con la Inquisición y los procesos contra los judíos, quienes a veces, heroicos y obstinados, en sus declaraciones mostraban regir su conducta por las trece proposiciones de Maimónides, el autor cordobés de *Guía de perplejos*. Eso a veces les costaba la vida, pero todos los credos religiosos tienen sus mártires alrededor del fuego que es siempre un fuego sagrado y sigue siéndolo cuando lo llaman diabólico. (Sender, 1979: 70-71)

Así que nuestra cuenta atrás de esta tarde, que nos llevará como en un túnel del tiempo al pasado, comienza en 13 y pasa rápidamente a 12, y a 11, 10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1.

MONTE ODINA, 1917

Quien quiera saber cómo hemos llegado con una sencilla cuenta atrás a Monte Odina y a 1917 tiene que leer «Aventura del Ángelus I», una de las narraciones parábolicas de *Las gallinas de Cervantes* (Sender, 1967a), donde aparece detallada la explicación científica.

¿Qué sabía de las religiones que no eran la católica un adolescente inquieto de Chalamera en 1917? Si se llamaba Ramón Sender, se parecía mucho a esto:

Quedaba en pie el problema de los judíos y de los árabes y no podía evitar pensar en ellos cada vez que veía el espantajo.

Como digo, uno de los brazos era movable y colgaba. El otro se extendía al nivel del hombro y tenía al final una plancha de hojalata bastante grande para que fuera empujada por el viento cuando lo había, que era con frecuencia. Entonces el *misache* (así decía siempre la cocinera) giraría treinta grados sobre su espina dorsal y la lata golpearía en el pequeño poste de metal de la glorieta y haría ruido.

El otro brazo, además, se movería por la fuerza centrífuga natural, apartándose del cuerpo.

Además le pusimos colgando del sombrero, por detrás, un pañuelo roto que también ondularía bajo la brisa.

Aquel misache tal vez no lo habían visto nunca los gorriones y tenía que dar buen resultado. La cocinera se divertía mucho viéndolo medio moro medio judío.

Allí, en Monte Odina, yo me planteaba el problema en mis propios términos. No hay duda de que árabes y judíos se han puesto dramáticamente —trágicamente— de moda.

Tratemos de hablar ligeramente (si es posible) de ellos. Es decir, amablemente, en el estilo divagatorio.

Muchas veces nos hemos preguntado desde que salimos de España en qué consiste ser judío. Porque en Europa y en los Estados Unidos cuando se dice de alguien que es judío van implícitos cualidades o defectos físicos. Y casi siempre son juicios equivocados. Si se quiere decir que ese alguien es tacaño, yo no puedo menos que recordar casos de esplendidez admirables. Las únicas personas de veras generosas que he conocido yo en mi vida eran judíos.

En Francia los distinguen por sus apellidos, en USA por su apariencia física y sus manierismos. En España, realmente, pasarían inadvertidos y, desde luego, los que existen (supervivientes, quizá, de los viejos sefardíes) son irreconocibles, de tal modo la sangre semítica se ha mezclado con las otras a lo largo de la historia. España no ha cultivado nunca la discriminación racial, sino la discriminación religiosa y económica. El pobre no tenía acceso a la mesa del rico. Ni el hereje a la mesa del «cristiano viejo».

Todos sabemos que los árabes son románticos, quimeristas y apasionados. Los israelitas han demostrado en las últimas décadas ser buenos ciudadanos, pragmatistas, hombres de organización y de ciencia, tecnológicos. Así como los árabes miran hacia el pasado (incluso los que creen, como el sucesor de Nasser, encaminar su patria hacia alguna clase de socialismo), los israelíes miran francamente al futuro. Es otra ventaja. Porque nada regresa en el tiempo. Todo avanza, y el que mira hacia atrás se convierte en estatua de sal, como en la alegoría bíblica.

A través de los años, uno cree ir comprendiendo mejor el espíritu de los judíos. Ese pueblo se nos revela, igual que en los tiempos bíblicos, como un gozador de alegrías sagradas y secretas solamente accesibles a través del sufrimiento y del dolor. De la angustia moral y física. Cuando Berenson escribió que «el Nuevo Testamento es más judío que el viejo» quería, sin duda, decir eso: que la redención por el dolor era más evidente en la historia de Jesucristo que en ningún otro profeta del pasado.

[...]

Pensar todas estas cosas teniendo en las cercanías un fantoche que asusta a los gorriones y que el hortelano considera *moro sarracino* y la cocinera judío —o al revés, no recuerdo—, representa alguna clase de extravagancia, aunque no tanta como se podría imaginar en nuestros días [...]. (Sender, 1980: 178-188)

UNA INTERRUPCIÓN TAN RARA COMO HERMOSA

Apenas acabo de empezar a hablar de lo que quiero hablar, «Ramón Sender y el judaísmo», y ya aparece, al vuelo, otro asunto. Todo viaje lleva dentro otro viaje que nunca se hará. Toda investigación deja de lado pistas que nunca se seguirán.

Mientras leía de nuevo todos los libros de Ramón Sender me iban apareciendo temas obsesivos en los que nunca antes había reparado. Os he hablado, al comenzar, de los números. Y ahora, cuando Ramón Sender recuerda un espantapájaros de Monte Odina, os quiero hablar de pájaros. Porque Ramón Sender es un escritor seducido por los pájaros. Y aparecen en todos sus libros. Aparecen, claro, en *Las gallinas de Cervantes*. Y aparecen en su primera novela, *Imán*, una especie de loros. Y aparecen pájaros en *Las criaturas saturnianas*. Y aparecen cigüeñas en *El fugitivo*. Y las aves son casi las protagonistas de una de sus novelas más desconocidas, *El Mechudo y la Llorona*.

El Mechudo y la Llorona es una historia americana ambientada en el siglo XIX en la que se mezclan la fantasía mitológica y el amor imposible, que le añade una chispa de folletín con mucho encanto. Uno de los personajes principales, Heinde, procede de Francia, donde cree tener orígenes nobiliarios, posee costumbres un tanto raras, como la de caminar desnudo, y es un ornitólogo aficionado que consigue un extraño vínculo con las aves:

—Vienen todas las aves que he conocido a visitarme aquí, a la cueva. [...] tórtolas, codornices, faisanes, perdices, gansos, patos [...], gallinetas, ánades y palomas torcaces. A los faisanes, que son muy hermosos, los llaman aquí chureas, y hay dos especies de patos [...]. Ahora vienen también las aves de rapiña, todas a vernos: gavilanes, buitres, halcones, quebrantahuesos, cuervos, zopilotes y auras con la cabeza peladita. Un águila blanca, cosa rara. [...] Ahora vienen mochuelos, tecolotes, cucos, cuquillos y murciélagos. Y también calandrias, ruiseñores, gorriones, jilguerillos, zenzontles, cardenales coloraditos y vivos y aquel que tiene un copete en la cabeza es un macho presumido. Todos juntos saliendo del cuaderno donde los tengo apuntados. (Sender, 1977: 175)

La identificación de Heinde con los pájaros es enorme:

—Vuelan como volaba yo de un continente a otro y eran desgraciados como yo. Y siguen siéndolo. Si subes a las montañas de las Tres Vírgenes verás que hay pájaros que se aman en la primavera y trabajan y hacen sus nidos cantando, pero luego vienen aves rapaces de pico ganchudo y se comen a los hijos del amor de esos pájaros y llega el invierno y el frío y las hojas de esos árboles se caen y a veces cae la nieve. (Ibídem: 176-177)

DE UNA INTERRUPCIÓN DE PÁJAROS A OTRA INTERRUPCIÓN,
MÁS BREVE, TAMBIÉN DE BESTIAS

Quizá sea el propio Ramón Sender quien contagie el estilo derivativo a sus comentaristas. Esta nueva interrupción es solo para anotar que podría elaborarse un hermoso bestiario con las criaturas de las que Ramón Sender habla en sus libros. Sin salir de *El Mechudo y la Llorona*, anoto:

—Loreta: es hija de una bruja y de un delfín. Se alimenta con un «pez hilvanado que digería sin quedarse con él en el estómago porque su madre o quizá ella misma lo sacaba enterito por donde había entrado». (Ibídem)

—Llorona: quedó «preñada de un albatros» y «parió un huevo grande como un meloncito y lo incubó como Dios manda y lo que nació tenía alas, pero no bastante fuertes para volar. Y cuando quiso volar cayó por un barranco». (Ibídem)

Y dejándome llevar por el posible bestiario, os leo, de *El superviviente*, la historia de Marcelo, que nació gata y luego se recuperó:

Una gatita era yo cuando nací. Y más tarde un gato. Pero les tenía miedo a los perros y a eso parece que le llaman licantrópía, lo que al principio yo creía que era nombre de esos bailes modernos de jazz-band. Y luego resultó, según parece, que es el deseo de comerse a las personas. (Sender, 1978)

Y acabo metiendo la cabeza solo un segundo en *Las criaturas saturnianas*, que transcurre a pocos kilómetros de esta sala, para traer a comparecer a

la mujer de Leoncio que era, según había oído, una lamia con pies de oca. (Sender, 1968: 298)

SOLDADO, 1922

Sostiene Vicente Moga (2004) que Ramón Sender cambió completamente su visión del mundo durante su estancia en Melilla y por su participación, aunque no sólo, en la guerra de África: llegó con un imaginario romántico, construido con las novelas de Pierre Benoit, y la realidad le llevó hacia un lugar que tenía muy poco de exótico. No creo que la transformación fuera instantánea, pero el tiempo que transcurre entre la escritura de «Una hoguera en la noche» y la escritura de *Imán* es muy importante en la construcción moral, la política e incluso la simbólica de Ramón Sender. Fue un tiempo de crisis. Intentó incluso suicidarse, en 1926, en Toledo, y así lo cuenta en *Por qué se suicidan las ballenas* (Sender, 1979: 61-62).

En «Una hoguera en la noche» (1923) cuenta su viaje de iniciación a un mundo en el que la religión católica solo es una más de las religiones. Acompañado de un guía, el capitán Ojeda se mueve por el laberinto de callejas de Tetuán:

Se dirigieron al barrio judío, saliendo de la ciudad por la puerta de la Reina para volver a entrar, atravesando la muralla, por otro lado. Ojeda se asombró unos instantes ante el monumento árabe, verdadera maravilla de arquitectura. De corte análogo a los accesos de todas las alcazabas, de estilo idéntico al de todas las puertas monumentales árabes, la de la Reina estaba construida para proteger la salida de las caravanas triunfales presididas por el santón, hacia la tierra donde se respiran las brisas sagradas del profeta. Ojeda sintió el fuego religioso de la emoción en el alma. [...]

—Vamos al barrio judío —dijo al cicerone.

—*Naa ma, sidi.*

Y echaron a andar de nuevo.

Vieron la arrogancia de la sinagoga. Ojeda quería entrar, pero no acababa de decidirse. El guía le alentó:

—Judíos estar vacas [cobardes]. Puedes entrar, cristiano. Nada malo pasar.

Y para animarle penetró él delante. El teniente le imitó, destocándose respetuoso.

En la fresca penumbra se advertían apenas algunas columnas sin labrar y recias nervaduras en la bóveda. Se oía rumor de rezos. Poco a poco fueron habituándose los ojos a la obscuridad y descubrieron una pequeña tribuna en donde alguien cantaba solemnemente extraños versículos mientras un grupo de fieles escuchaba, caída la cabeza sobre el pecho. El cicerone reía, burlón, creyente en un dios único. Después de visibles muestras de irrespetuosidad, que inquietaban al oficial, se llevó las manos a la boca, y haciendo con ellas bocina, gritó, dirigiéndose a la tribuna:

—*¡Beni serrayin! ¡Issud saadu!* [¡Hijo de ladrón! ¡Que se ensombrezca tu vida!]

El gran rabino dejó un momento sus rezos y dirigióle una mirada fulminante. Después suplicó a Ojeda, con acento dulzón, de vasallaje:

—¡Por Dios grande, *cristiano!* Judíos no ir sinagoga *tuyá* ni insultar tu gran *rabinó*. Por Dios grande, que sea *contigó*...

Malhumorado, Ojeda empujó al guía y se dirigió a la puerta:

—¡Vámonos! (Sender, 1992: 89-90)

OTRA NOTA MARGINAL, SOBRE UN TEMA QUE OBSESIONÓ A RAMÓN SENDER

En las novelas africanas de Ramón Sender su interés por el mundo del judaísmo es todavía incipiente, pero aparecen ya con fuerza algunos temas que no

le abandonarán nunca a lo largo de su vida, o por lo menos a lo largo de su escritura. Quizá el más importante sea el del muerto que resucita, que tendrá variaciones y aproximaciones diferentes. En *El lugar de un hombre*, es un hombre al que se da por asesinado quien finalmente es encontrado en una extraña cacería. En *El superviviente*, se trata de un republicano mal fusilado. En *El fugitivo*, es un hombre que asiste en una iglesia en la que se refugia, quizá, a su propio funeral. En *Imán*, Viance consigue escapar de entre los muertos, y es capaz de nacer de nuevo a la vida saliendo no de las entrañas de una mujer sino del vientre de un animal. En *Crónica del alba*, Pepe Garcés fuerza su muerte en el campo de concentración. En *Memorias bisiestas*, escribe: «Si me hubieran matado los fascistas, como a Lorca, ahora yo estaría más vivo de lo que estoy» (Sender, 1981a). Y su obra más famosa, *Réquiem por un campesino español*, ¿no es otra vuelta de tuerca más a ese asunto?

UN PASO HACIA ATRÁS Y VARIOS PASOS HACIA DELANTE

Pero antes de *Imán* Ramón Sender ha publicado ya otro libro en el que evidencia su interés por las cuestiones espirituales: *El problema religioso en Méjico. Católicos y cristianos*, con un prólogo apócrifo de Ramón del Valle-Inclán, un escritor por el que siempre mostrará predilección. *Flor de santidad* es para Ramón Sender la mejor novela del siglo xx en España.

El falso Ramón del Valle-Inclán elabora una poética del libro periodístico a la que Ramón Sender procurará ser siempre fiel: «Es preciso explicar los hechos en forma amena, fácilmente asimilable, sin que la documentación abrume al lector no especializado en la materia» (Sender, 1928: 15).

Sus libros de los años treinta abordarán una y otra vez la religión: *América antes de Colón*, *El Verbo se hizo sexo* y *La República y la cuestión religiosa*. De hecho, Ramón Sender escribirá hasta su muerte, insistentemente, sobre asuntos religiosos.

Quizá sea algo más que un accidente que santa Teresa, la protagonista de la extraña biografía interpretativa *El Verbo se hizo sexo*, fuera de familia judía: su abuelo era Juan Sánchez de Toledo, converso que fue penitenciado por la Inquisición en Toledo con un sambenito lleno de cruces. Con él fueron reconciliados sus hijos, entre ellos el padre de santa Teresa, que solo tenía cinco años.

Pero el escritor español al que más continuadamente relacionó Ramón Sender con el judaísmo fue a Miguel de Cervantes. En 1967, el mismo año en que decide cambiar completamente *El Verbo se hizo sexo* y convertirlo en una sección de *Tres novelas teresianas*, publica Ramón Sender *Las gallinas de Cervantes*, en el que analiza en paralelo la metamorfosis de Catalina de Salazar, la mujer de Cervantes, en ave de corral y el proceso de conversión al cristianismo de la familia del escritor:

Un día se dio cuenta Cervantes de que la transformación de doña Catalina era menos sensacional para sus amigos que la sospecha creciente de haber habido judíos en su linaje. No era Cervantes judío, pero venía de conversos. (Sender, 1967a: 34)

Y prosigue:

Un día el párroco se permitió una alusión que alarmó un poco a Cervantes. Habló de los que preferían el aceite a la grasa de tocino para freír huevos. Luego le preguntó a Cervantes si el nombre Ana era judío y lo que quería decir. Sabía Cervantes que *ana* quería decir 'aquí, presente, ahora', pero se limitó a responder que no era tan versado en ciencias humanas como don Francisco de Quevedo y que en Salamanca había oído solo cánones y gramática. Por otra parte, Ana era el nombre de la comedianta con quien tuvo a su hija Isabel. (Ibídem: 39)

Y concluye la historia:

Cervantes se pasó la mano por la frente, suspiró con pesadumbre y entró en la casa. En aquel momento encontró al hidalgo aunque no era domingo. Llevaba un librito en la mano. Un pequeño libro de Luis de Ávila que se llamaba *Jardín Espiritual*, una paráfrasis del *Zohar* de don Sem Tob ('don Hombre Bueno', en castellano). Fue una gran sorpresa para Cervantes. El *Zohar* era el libro más importante después del Talmud judío, por entonces. La crema de la crema del pensamiento hebraico en el que se recordaba que David había sido una especie de bufón de Dios. David que bailaba desnudo para sus sirvientes y que no rehuía lo grotesco risible porque sabía que por encima de todas las manifestaciones más impudicamente bufonescas del hombre estaba la divinidad invulnerable e invilificable. Por encima de lo ridículo sublime y de lo grandioso mezquino. Del hidalgo que aconsejaba apuntar las gallinas y recibía una paliza en un camino y hasta de la esposa engallinecida.

Cervantes creyó comprender al hidalgo con sus ambivalencias incluida la del silencio noble y el habla risible. Y Cervantes salió aquel día de Esquivias y no volvió nunca. Sin los majuelos. Se fue a Andalucía a reunir víveres para la expedición de la Invencible que fue vencida poco después. (Ibídem: 40)

Si en su primera aproximación a la condición judía de Cervantes Ramón Sender ocultaba su fuente principal, en 1976, cuando vuelva a abordar el asunto en su novela *El fugitivo*, citará a Dominique Aubier, nombre ficticio de Marie-Louise Labiste, como autora de esas tesis en su ensayo *Don Quichotte, prophète d'Israël* (Aubier, 1966). Os va a sonar a repetición, pero Ramón Sender no tenía ningún miedo a la repetición, y casi, a veces, se puede pensar que se trata realmente de una estética:

Parece —se dice a sí mismo el protagonista, que, escondido en una iglesia, trata de poner orden a sus pensamientos— que el plan de la novela se basa en Ezequiel y en Dom Sem Tob. Ezequiel, el profeta del Antiguo Testamento, y Dom Sem Tob, el sefardí castellano que tuvo que expatriarse. Muchos judíos son dos.

Poco antes de esconderme aquí leí en una revista algunos ensayos de Dominique Aubier que me impresionaron. (Ella debe de ser judía)

A mí me había extrañado un poco que Cervantes no dijera en sus libros nada contra los judíos, ocupándose a menudo contra los árabes y moriscos, sus hermanos, y que en dos o tres ocasiones aludiera a los judíos con admiración, ya que en su tiempo era imprudencia vigilada por el Santo Oficio. Por ejemplo, cuando en el capítulo noveno de la primera parte, buscando Cervantes en Toledo traductor del árabe para los papeles de Cide Hamete Benengeli, dice: «... anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara». Esta lengua es obviamente el hebreo.

[...] hay que rendirse a la evidencia. En primer lugar, los nombres tienen un significado cuidadosamente escogido. *Benengeli* quiere decir ‘cervantino’ —hijo del ciervo— en árabe. *Dulcinea del Toboso* es en hebreo ‘mujer dulce de la bondad secreta’. *Tob* es ‘bondad’ y el sufijo *oso*, ‘secreto’.

El esquema esencial del *Quijote* responde a un plan preconcebido con una intención muy concreta: establecer la síntesis de tres religiones: el catolicismo, el judaísmo y el islamismo en un inmenso cuento alegórico. Eso parece al menos.

Todo el *Quijote* está basado en el *Zohar*, que es el producto más alto de la mente judía después del Talmud. El famoso Don Sem Tob (seudónimo literario hebreo que quiere decir ‘Don Hombre Bueno’), con el nombre de Luis de Ávila dejó en su *Jardín Espiritual*, que es quemado en la biblioteca de don Quijote «por equivocación», según dice Cervantes, una paráfrasis del *Zohar* en el que está todo el esquema moral del *Quijote*.

[...] Dominique Aubier dice en su ensayo *Don Quichotte, prophète d’Israël* que la figura de don Quijote es una proyección de la de Ezequiel a través de las elaboraciones cabalísticas de los libros secretos judíos, especialmente del *Zohar*, cuya paráfrasis de Luis de Ávila había de ser prohibida por la Inquisición en tiempos ya de Santa Teresa.

No hay judíos en mi familia, por lo menos en las generaciones cuyos nombres me son asequibles, pero nuestra Santa Madre Iglesia me asaría a fuego lento, también en estos días. Mientras las Hijas de María aplaudirían frenéticamente (con el escapulario sobre su pecho virginal).

Una de las bases de la personalidad de don Quijote es el misterio de su nobleza natural, superior a las ridiculeces y bufonías, a las faltas al decoro e incluso a la buena razón. Don Quijote, ridículo, loco, estúpido, no deja de ser grandioso en su conjunto ni de merecer el respeto y el amor de las generaciones. Parece que todo eso está en el *Zohar*. Cosa rara y alucinante. El hombre, a pesar de sus locuras y estupideces, salva su naturaleza de hijo de Dios y merece, por ese simple hecho, alguna clase de respeto. Esto parece que viene a decirnos Cervantes. (Sender, 1976: 60-62)

ALEMANIA, 1933

En Alemania, desde enero de 1933, gobernaba un tipo ridículo, loco y estúpido, pero no era grandioso y afortunadamente no merece ni el respeto ni el amor de las generaciones. Se llamaba Adolf Hitler. Ramón Sender, por esas fechas, andaba metido hasta el cuello en el esclarecimiento de los sucesos de Casas Viejas, pero no renunciaba a seguir los acontecimientos internacionales.

El martes 28 de marzo de 1933, en su habitual sección de *La Libertad*, «Hechos y palabras», se ocupaba del «Comité nacional de la caza de judíos», acusando un inocente optimismo:

El estado de guerra civil en que ha entrado Alemania tiene, entre otras banderas, la del antisemitismo como punto de partida para la exaltación del sentimiento nacionalista. Hitler no ha insistido personalmente en esto porque sabe que es una bandera falsa y porque teme en el fondo a los judíos. Como los temen los *nazis*. Temen su agudeza y su instinto defensivo. Ya el mismo conde Helldorf, inspirador de ese «Comité nacional», que es una afrenta para la cultura alemana, que tanto debe a los judíos, dijo a Hitler en un momento de expansión cordial, resentido y contrariado:

—Mientras nuestro movimiento antisemita no esté dirigido por judíos, no triunfaremos. (Sender, 1934a: 184-185)

CANSINOS-ASSENS

Tiempo le quedaría, y mucho, a Ramón Sender para darse cuenta de que Adolf Hitler y los nazis no bromeaban: llevarían a cabo todas sus amenazas contra los judíos, y contra el mundo. Pero el escritor tiene motivos a comienzos de 1933 para sentirse optimista. Sus reportajes periodísticos, aunque le han asegurado la ira de las autoridades republicanas, le han convertido en una estrella de la actualidad.

También su obra literaria empieza a recibir atención pormenorizada. Rafael Cansinos-Assens, que proveniente de la vanguardia ha ido convirtiéndose progresivamente en el defensor de la tradición judía en lengua española, publica en los primeros meses de 1933 un largo estudio sobre las ficciones de Ramón Sender. Cansinos-Assens estudia a Ramón Sender en la novela social, pero no renuncia a entroncarlo con la tradición judía. Así lo ve:

De rostro moreno, triste y pensativo, con ese nombre de Sender que podría ser el de un judío polaco —así se llama un personaje de *El Dibbuk* de An-Sky—, el autor de *Imán* podría autorizar la vieja tesis de las siquis étnicas si no supiéramos ya que tanto como la raza influye la tierra en el misterio psicológico, y más que ambas la sugestión espiritual [...]. (Esteban y Santonja, 1977: 80)

Lo que está claro es que a Ramón Sender no se le olvidaron las palabras que escribió sobre él el autor de *Los judíos en la literatura española*. Cuarenta años después, en *El futuro comenzó ayer* (*lecturas mosaicas*), las glosaba de esta manera:

Algunos han creído que yo era de ascendencia judía, por mi apellido, que es el mismo del protagonista del drama de Anski, *Dibbuk*, la obra nacional *yiddish*. Ese protagonista es conocido como *el rico Salomón Sènder*. Eso del «rico» siempre me ha halagado un poco, sobre todo en los períodos en que estaba sin un cuarto. A pesar de mi sabido desinterés por el oro, la plata o el papel moneda, eso del rico Sènder me sonaba bien.

Ha habido otros malentendidos. Por ejemplo, el apellido Sènder no es raro entre los judíos alemanes, sobre todo vieneses, y hay un líder socialista famoso con ese nombre y una escritora vienesa que se dio a conocer por su talento en los años treinta de este agitado siglo.

A mí me gustaría tener origen semítico, porque las más poderosas individualidades de nuestro tiempo y de otros anteriores son judíos. La filosofía española, si tal cosa existe, es cosa de los judíos de la Edad Media y de su descendiente hispánico Espinoza, cuyo nombre es adoptivo y viene de Espinosa de los Monteros, domicilio de su familia, aunque el gran filósofo padre del pensamiento moderno viviera y muriera en Holanda, exiliado.

Ser judío sería para mí honroso, aunque no he creído nunca que ese simple hecho justifique ninguna clase de orgullo, ya que hay tantos bellacos entre los judíos como entre los musulmanes o arios o católicos o celtas. Pero es cuestión de gustos, y yo quiero y admiro a los grandes judíos de todos los tiempos más que a los grandes arios (que no son tantos, por cierto). (Sender, 1975: 118)

NO QUIERO QUE SE ME OLVIDE

Cansinos-Assens también señala en su estudio, y es más que interesante, porque todavía no he hablado nada de aspectos formales y me gustaría poder hacerlo,

que *Siete domingos rojos* es una «semana de semanas al modo judaico». (Esteban y Santonja, 1977: 87)

SIMONE WEIL

Hemos recorrido un largo camino en este viaje. Y hemos avanzado en nuestra investigación. Espero que ya no resulte tan misterioso lo del judaísmo de Ramón Sender.

Pero será en la guerra civil cuando Ramón Sender llegue a entender más profundamente la espiritualidad judía. Tuvo que tocar. No podía ser de otra manera para un escritor que había convertido los hechos en su materia prima.

Ramón Sender sabía todo lo que había que saber de las religiones orientales y occidentales, pero nunca había conocido a un santo. En medio de una guerra terrible, que sería para él, si cabe, todavía más terrible.

En *Álbum de radiografías secretas*, cuenta Ramón Sender su encuentro con Simone Weil. Merece la pena escuchar las palabras del escritor:

Conocí a Simone Weil en Barcelona durante la guerra civil. Era la perfecta versión femenina del héroe.

Es difícil en nuestros tiempos hallar un héroe. Un verdadero héroe capaz de arriesgarlo todo sin esperanzas de recompensa. También es difícil hallar un santo. No menos raro es encontrar un hombre con genio poético o filosófico. Sin embargo, los héroes, los poetas y los santos han hecho nuestra civilización, han hecho todo lo bueno que tenemos hoy.

Hallar esas tres cualidades en una sola persona sería difícil. A pesar de las dificultades, el milagro lo tenemos delante en la escritora Simone Weil, muerta en un hospital de Inglaterra en 1943. Si es difícil que las tres virtudes aparezcan reunidas en un hombre, más aún lo es en una mujer que había conocido la vida solo superficialmente como estudiante de filosofía y como joven profesora. Cuando murió, tenía treinta y cuatro años. Y era soltera.

Como digo, la conocí en Barcelona. Fue allí Simone porque tal vez creía, como algunos filósofos existencialistas, que el hombre se puede definir solo totalmente como un candidato a la muerte. Y ella había elegido el momento y el lugar que le parecían adecuados.

Existe ya en Europa el mito Weil, como antes había existido el de Catalina de Siena o san Juan de la Cruz. U otros grandes místicos. Con la importante diferencia de que en Simone Weil todo es lógico, evidente y de una serenidad en la clarividencia, admirable. Parece que en ella el racionalismo y el misticismo se reconcilian.

[...]

No era una pesimista. Atenta al milagro de la realidad, encontraba, por el contrario, que el más mínimo de los actos representaba un prodigio cuya comprensión requería, no solo su inteligencia, sino su humildad y su devoción. Y a través de ellos cada cual puede llegar a poseer una noción tal vez más justa de la existencia.

Refutando el pesimismo de Schopenhauer y de Sartre escribía: «Decir que el mundo no vale nada y que la vida no vale la pena y dar como causa la existencia del mal, es absurdo, porque si el mundo y la vida no valen nada, ¿qué es lo que el mal puede quitarnos? ¿Qué es lo que el mal puede envilecer?». Y sin embargo, como digo, la vida no

tenía para Simone Weil tentaciones. Su humildad —a la que había llegado más por la vía de la razón que por la volitiva— era la más perfecta que nos ofrece la historia de los santos de cualquier Iglesia. Se puede decir que Francia, país de la razón, tiene su místico. La judía Simone nació en París en 1909. (Sender, 1982a: 52-55)

Cualquiera que haya leído alguna obra de Ramón Sender escrita después de la guerra civil sabrá que la herencia de Simone Weil es muy intensa. Y, de alguna manera, si Simone Weil había asumido el cristianismo desde su judaísmo, se puede afirmar que Ramón Sender decidió asumir, en más de un sentido, el judaísmo. O, si se quiere ver de otra manera, el amor.

UNA INTERRUPCIÓN, AHORA SÍ, APROPIADA, AUNQUE BRUTAL

Necesito alejarme un poco de la teoría. A Ramón Sender no le gustaban los sistemas de creencias. No le gustaban los sistemas totalizadores basados en los sistemas de creencias. No le gustaba la Iglesia católica. Ni tampoco el fascismo. Ni tampoco el estalinismo.

Le interesaba más la narración que la teoría, aunque solía introducir muchas teorías en sus narraciones.

Esta interrupción es para leeros una historia terrible que Ramón Sender incluyó en su novela *En la vida de Ignacio Morel*. La cuenta el propio Ignacio Morel y dice así:

—[...] Vea usted un caso que yo conocí aquí mismo, en París. En aquel tiempo, digo durante la ocupación alemana, vivía no lejos de aquí un padre judío con dos hijos. El padre estaba enfermo y necesitaba el cuidado de alguien. Los alemanes nazis le dijeron que uno de sus hijos debía morir en la cámara de gas y le obligaron a que designara él mismo cuál de ellos debía ser. Estaba el padre asombrado de que no los mataran a los tres y, acosado por los nazis un día y amenazado a punta de bayoneta, el pobre viejo desesperadamente señaló a uno de sus hijos: este. Era el mayor. Los nazis preguntaron: ¿es este el que debe morir? El padre cerró los ojos y repitió: sí, este. Entonces ¿sabe usted lo que hicieron? Los nazis se llevaron al otro, al pequeño, y lo mataron dejando vivo al mayor para que cuidara de su padre. Ese hijo a quien su padre había señalado para el patíbulo quedó a su cuidado día y noche. ¿Puede usted imaginar lo que sería la convivencia de aquellos dos seres? El padre, después de dos semanas, se suicidó. Entonces los nazis cogieron al hijo y se lo llevaron también a Dachau. Lo mataron. Pero ¿quién podría inventar un refinamiento como el que representaba haberlos obligado a vivir juntos padre e hijo aquellas semanas?

[...]

—Yo los imagino como dos estatuas frías, las pupilas muertas, las voluntades quietas en un solo y mismo punto, la palabra vacilante, dudando entre el asesinato y el suicidio. (Sender, 1969a: 105-106)

MÁS HISTORIAS BRUTALES, PERO NO

Podría seguir sirviendo de altavoz a otras historias brutales de judíos durante el Holocausto, que Ramón Sender reprodujo en sus libros. Por ejemplo, la historia

del rey del gueto de Varsovia, David II, en *La mesa de las tres moiras*. Si la conocéis, no hace falta que os recuerde la manera en la que Hitler se ríe. Por ejemplo, también, la historia de los joyeros judíos de *La luna de los perros*, también con suicidios y cámaras de gas.

Pero ni este viaje ni esta investigación quieren tener que ver con el morbo, con el sadismo, con la violencia. El propio Ramón Sender sentía escalofríos.

En *Memorias bisiestas* resume en unas pocas líneas su percepción del Holocausto:

Si Jesús tuvo plena conciencia de que con su muerte salvaba a la humanidad, su sacrificio es menos meritorio que el de millares y millares de pobres judíos que morían en las cámaras de gas sin saber por qué. (Y cientos de miles de españoles estuvieron en el mismo caso). (Sender, 1981a: 173)

UNA PARADA

Cuando empezaba a escribir sobre Ramón Sender y el judaísmo pensaba que todo iba a ser más complicado, y que tendría demasiado tiempo para decir muy pocas cosas. Pero ahora veo cercano el final y me temo que muchos de los asuntos sobre los que quería indagar van a tener que esperar.

Me gustaría, en cualquier caso, que por lo menos quedaran citados como propósitos. Es una lista larga, aunque incompleta. Pongo trece epígrafes, porque trece, ya lo he dicho, era un número grato a Ramón Sender. De algunos me dará todavía tiempo a hablar, pero tengo que renunciar a otros. Aunque todavía no sé a cuáles.

1. Los judíos más importantes para Ramón Sender: Einstein, por supuesto; Freud; Kafka, incluyendo una admiración y una refutación; Max Jacob, incluyendo algunas similitudes formales entre *El cubilete de dados* de Max Jacob y las *Memorias bisiestas* de Ramón Sender)...

2. La mujer judía: Sara, Ester, Judith..., y la obsesión de Ramón Sender por la virginidad, las niñas y la traición entre amantes. Con una referencia a una novela extremadamente *freak*, *La kermesse de los alguaciles*.

3. Las novelas judías de Ramón Sender, prestando especial atención a *La cisterna de Chichén-Itzá* y a *Una virgen llama a tu puerta*.

4. Los personajes judíos de las novelas judías de Ramón Sender: *askenazis*, como el perverso Cohen, frente a sefardíes, como el reivindicado Cohen.

5. Los personajes con nombres judíos de las novelas no judías de Ramón Sender: el Nabi de *En la vida de Ignacio Morel* o el Alef de *El superviviente*.

6. Américo Castro y el mito de la España de las tres culturas.

7. El origen judío de la herejía cristiana.

8. Céline, y el deseo de Ramón Sender de curar o, al menos, entender a sus amigos antisemitas.

9. Ramón Sender y el mundo judío aragonés: Ibn Gabirol, el Jalón..., sin olvidar la inclusión de esta cita de *Nocturno de los 14*: «El cura tiene de pronto una salida rara. Dirigiéndose a Ralph L., dice: “Señor mío, usted ignora que había en el siglo catorce un judío aragonés que se llamaba Crescas y que decía: ‘La salvación se alcanza no por la aceptación de dogmas metafísicos, sino solamente por el amor de Dios que se cumple y realiza en la acción. En la acción de cada momento’. Esta es una verdad cardinal en el judaísmo”. Se quedaba el cura un momento callado y añadía dirigiéndose a Garo: “Si es así, todos los católicos españoles se van a condenar. Lo reconozco”» (Sender, 1969b: 95).

10. Creencias judías y construcción formal de algunos libros de Ramón Sender, en especial *La noche de las cien cabezas* y *Nocturno de los 14*. Ineludible hablar del rey David, el preferido de Ramón Sender, y del templo de Salomón, al que dedicó espacio en muchos de sus libros. En *Las criaturas saturnianas* unía su pasión por el número 3 con el templo de Salomón: «Tenía Salomón mucha importancia entre los cultivadores de la magia blanca [...]. La reina de Saba que era la depositaria de la magia de oriente preguntó un día a Salomón: ¿cuáles son las tres cosas que salvan al hombre? Salomón contestó de un modo sibilino: “El báculo, la cuerda y el anillo”. El báculo conduce al hombre a través de lo desconocido, la cuerda es la ligadura con la cual el candidato a la inmortalidad es atado y en cuanto al anillo simboliza la *vesica piscis* de la reencarnación» (Sender, 1968: 274).

11. Ramón Sender, escritor en lengua sefardí.

12. Ramón Sender y el Estado de Israel.

Y 13, pero quizá el más importante, la existencia o no existencia de Jesús. Jesús como judío.

ESCRITOR EN LADINO

No se me ha escapado que os han llamado la atención varios de los asuntos. Al menos la curiosidad de algunos resulta fácil de saciar. Por ejemplo, la del punto 11. ¿Ramón Sender escribió en lengua sefardí?

Al menos, lo intentó. Son varias páginas, referidas a la guerra civil, y os voy a leer solo un pequeño fragmento. Si queréis seguir leyendo, o realizar incluso un pequeño tratado filológico, solo tenéis que haceros con *Los cinco libros de Ariadna*, que se ha reeditado muy recientemente.

El encabezamiento dice: *Informe sefardí de Salónica, de fecha 18 de diciembre de 1936, hallado en los archivos secretos del senescal de C. El texto comienza diciendo: Tropo de la madre patria i de la benganza ke io no kuidaba por tanto. La kerensia me trujo i akí bine. Arrivé a Madrid, citade grande e rica i di pace a la tierra kon los míos labios.*

Me molesta la ortografía y el léxico tan arcaico y tan estragado. Pero hay cierta novedad en el hecho de saber que así hablan y escriben millares de antiguos españoles por las dos orillas —norte y sur— del Mediterráneo. Y sigo leyendo: *La nazi3n es cruel oi como en dorenavante. Haze cuatro sieclos nos espartió a unos entre los puevlos atrazados de África i de Oriente. Oi akí vuelvo i todo en siendo reconosiente por el recibo bien fraternal que la Spania acordome no puedo entender por ké en los foburgos hai tanta gente morta con ságuine. Ke todos parescen spaniolos también i io tuve endenantes una tchica intervenzione de mi parte que fue puchar fasta el posto, una carretiya kon un corpo lleno de bujeros en pechos i cabesa ke no tenía remedio y se yamaba tantos de Ponce de Toledo y parescía talmente un Eskenazim de Budapest por la colore i las faiciones, más ke era por el nombre uno de l'aristocrazia como Torquemada i Sisneros. Es amargo, ma la pura berdade. ¿No sería esta ras3n de la sua decadensia de Spania tanta ságuine por parolas sin lavoro nenguno por el bien de la comunitade?* (Sender, 1957; cito por la ed. de 2004: 31-32)

Podría ser este el momento para hablar de Tomás de Torquemada, el gran inquisidor, uno de los personajes que más interesó a Ramón Sender, pero estoy cansado de tanta sangre, aunque en la siguiente etapa no creo que podamos librarnos de ella.

RAMÓN SENDER Y EL ARAGÓN JUDÍO

La figura que prefería Ramón Sender del Aragón judío era Salomon Ben Gabirol, porque representaba «un mundo de tolerancia y bondad, una sociedad abierta a todas las formas de comprensión y de curiosidad».

Encontraba en Gabirol el eje de su poética de la herejía, porque de su filosofía

se transmitió al mundo castellano el sentimiento y la idea místicos, y de ellos también surgieron la mayor parte de las herejías que la Inquisición perseguía después con inquina, especialmente las ideas de los famosos «iluminados» o alumbrados, que tanta influencia tienen hoy entre todos los heterodoxos de la Iglesia, especialmente entre los artistas, poetas, religiosos autodidactas y místicos naturales. (Sender, 1975: 147)

En los artículos que Ramón Sender incluyó en *Segundo solanar y lucernario* son recurrentes las referencias a Aragón y el mundo judío, y a ese libro tenéis que recurrir si queréis profundizar en sus ideas. Pero quiero leerlos un pequeño fragmento en el que expone su visión idealizada del Aragón de las tres culturas, heredera de la de Américo Castro, a quien conoció y entrevistó en 1929, y de quien luego sería compañero de pesares en el exilio.

Escribe Ramón Sender:

Hay que apresurarse a recordar que algunos judíos aragoneses formaban parte del grupo que fue a Roma a protestar contra la implantación en España de la Inquisición a fines del siglo xv.

Los judíos aragoneses se mezclaban y confundían con todas las capas de la sociedad en los últimos años de la reconquista. Y en los primeros de Sobrarbe. [...]

La base semítica de la población era entonces muy extensa. Morisca o judía. Todo Aragón (desde Aínsa hacia abajo) está lleno de nombres semíticos de aldeas o de monumentos, de aljaferías, almunias, alcalás, alcoleas y alquézares, de alhóndigas, de alaminas y de albaranes, de aljecerías, de almudainas y al menos de alcantarillas.

Los nombres judíos abundan también, aunque por haber vivido los judíos en la península desde mucho antes de la Era cristiana se habían mezclado con las voces y maneras ibéricas (como Toledo, que quiere decir 'base fundacional', o Toboso).

Las riberas del Jalón eran abundantes en familias sefardíes. Sefarad era el nombre que los judíos daban a España y yo me pregunto si esa palabra no es gemela de *shafar* (cuerno), aludiendo al cuerno trompetero sagrado entre los judíos de todos los tiempos. Y al hecho de que en España había más animales silvestres con cornamenta que en los demás países mediterráneos, tal vez por las facilidades que las altas montañas les brindaban como refugio salvador.

En todo caso las riberas del Jalón eran por entonces (siglos XI-XIV) muy abundantes en familias semíticas que fueron fundiéndose con las poblaciones cristianas hasta llegar a no distinguirse de ellas. (Sender, 1981c: 158-159)

Podría seguir citando sus palabras sobre la forma de parir judía y «la silleta del Jalón», sobre la biblia de Híjar, sobre Crescas, sobre las juderías o sobre los Zaporta... Pero estoy seguro de que Ramón Sender preferiría que acabáramos este viaje y esta investigación contando una historia, aunque sea triste, muy triste.

EPITALAMIO JUDÍO

A Ramón Sender le encantaban las ceremonias. Le parecían una forma perfecta para organizar el material narrativo. Muchas de sus obras de ficción son bodas y otras muchas de sus obras de ficción son funerales. *Nocturno de los 14*, por ejemplo, es un gran funeral a la manera judía: la creencia afirma que los muertos que no han muerto debidamente vuelven de nuevo a la tierra para rezar y poder alcanzar el estado de pureza (tradicón explicada por el propio Ramón Sender en *La mesa de las tres moiras* [1974b: 53]). En *Nocturno de los 14*, reúne a 14 suicidas, amigos y desconocidos, para que reconstruyan su vida, que es una forma de rezo en la mirada herética del escritor, y se purifiquen.

Las bodas en las ficciones de Ramón Sender son más sangrientas que los funerales: basta leer *Epitalamio del prieto Trinidad*. La boda con la que voy a terminar también es terrible. Es la boda del rey David II en el gueto de Varsovia. El rey David II, aupado por los nazis, era un enfermo mental, una especie de santo. A Ramón Sender le obsesionaban esos personajes, y aparecen en muchas de sus ficciones. Así cuenta la boda del rey David II otro iluminado, un personaje de *La mesa de las tres moiras*:

Los alemanes, para hacer las cosas más completas, obligaron al rey David II a casarse con una judía de la misma edad [...], enferma también de los nervios aunque no loca. [...] La pobre aceptó pensando que mejoraba su situación y la de los suyos. Además ¿cómo negarse? La boda se hizo con cierto esplendor y al estilo de los hebreos ortodoxos, que es muy brillante y poético. Duró dos o tres días. Los nazis copiaron el ritual del *Dybbuk* de Salomón Rapoport, la obra nacional *yiddish* [...]. Se trata de algo como teatro poético, pero en la obra de Rapoport la novia tiene dentro una especie de demonio, o el espíritu de otro hombre que murió, y la novia de David decía, extrañada: «Yo no tengo demonio ninguno [...]». Y protestaba contra los nazis, en vista de lo cual estos obligaron a la pobre mujer a desnudarse y ponerse una camisa de piel de camello con los pelos hacia

dentro, para castigarla [...]. Porque seguían las formas de penitencia del Antiguo Testamento. [...] Los policías nazis dirigiéndose al rey y quitándose las gorras decían: *Mazel-tov!* Es decir, buena suerte, en *yiddish*, y el pobre rey los creía. Era un santo, lo que no es raro entre los llamados enfermos mentales. Pero David sentía que en su imaginación ardían luces inspiradamente lógicas o lógicamente inspiradas o locamente convincentes [...] y a veces daba gritos con medias palabras en las que trataba de decir cosas terribles. [...] [Decía David II] «[...] Mi madre murió en su juventud por un accidente desgraciado y no tuvo tiempo de vivir toda su vida natural, digo, la que Dios le había dado. Por eso yo quiero ir al cementerio ahora a decirle que soy rey y que me caso contigo. Después de la ceremonia ella vendrá, aunque nadie la vea, y bailará en grupo con nosotros, y tú serás su alteza real y su nuera, y las otras mujeres tus súbditas». [...] «Eso pasa con todas las almas que dejan el mundo antes que les llegue su hora. No las vemos, pero están a nuestro lado y pueden ser tantas y tan fuertes que cambien la sustancia de las cosas y hagan lo blanco negro y lo amargo dulce y lo injusto lo borren y destruyan para que lo justo prospere. [...]». (Sender, 1974b: 50-55)

Y ¿no son unas palabras hermosas para acabar esta investigación? Aunque espero que solo haya sido el comienzo de nuestro viaje.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aubier, Dominique (1966), *Don Quichotte, prophète d'Israël*. [Trad. española de León Escribano Molinero, *Don Quijote, profeta y cabalista*, Barcelona, Obelisco, 1981]
- Cansinos-Assens, Rafael (1937), *Los judíos en la literatura española*, Buenos Aires, Columna. [Nueva ed., Valencia, Pre-Textos / Madrid, Fundación ONCE, 2001]
- Esteban, José, y Gonzalo Santonja (1977), *Los novelistas sociales españoles (1928-1936): antología*, Pamplona, Peralta («Libros Hiperión», 23). [2ª ed., Barcelona, Anthropos, 1988]
- Moga, Vicente (2004), *El soldado occidental: Ramón J. Sender en África, 1923-1924*, Melilla, Servicio de Publicaciones de la Consejería de Cultura.
- Sender, Ramón J. (1928), *El problema religioso en Méjico. Católicos y cristianos*, Madrid, Cenit.
- (1930a), *Imán*, Madrid, Cenit. [Ed. crítica a cargo de Francisco Carrasquer, Huesca, IEA («Larumbe», 4), 1992]
- (1930b), *América antes de Colón*, Valencia, Cuadernos de Cultura («Historia y Geografía», 2).
- (1931), *El Verbo se hizo sexo (Teresa de Jesús)*, Madrid, Zeus.
- (1932), *La República y la cuestión religiosa*, Barcelona, Tipografía Cosmos.
- (1934a), *Proclamación de la sonrisa*, Madrid, Yagües. [Se halla en prensa, en la colección «Larumbe» que edita el IEA, una edición crítica de esta obra, a cargo de José Domingo Dueñas Lorente]
- Sender, Ramón J. (1934b), *La noche de las cien cabezas*, Madrid, Pueyo.
- (1939), *El lugar del hombre*, México, Quetzal; publicada luego con el título de *El lugar de un hombre*, México, CNT, 1958. [Ed. crítica a cargo de Donatella Pini, Huesca, IEA («Larumbe», 11), 1998]
- (1942a), *Crónica del alba*, México, Nuevo Mundo («Biblioteca Moderna», 4). [Última edición, Barcelona, Destino, 2001]
- (1942b), *Epitalamio del prieto Trinidad*, México, Quetzal («Cuentos y novelas»). [Última edición, Madrid, Zanzíbar, 2004]
- (1957), *Los cinco libros de Ariadna*, Nueva York, Ibérica. [Ed. crítica a cargo de Patricia McDermott, Huesca, IEA («Larumbe. Clásicos Aragoneses», 35), 2004]

- (1960), *Réquiem por un campesino español*, Nueva York, Las Américas. [Última edición, a cargo de Enrique Turpin, Madrid, Espasa Calpe, 2006]
- (1962), *La luna de los perros*, Nueva York, Las Americas Publishing.
- (1967a), *Las gallinas de Cervantes y otras narraciones parabólicas*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- (1967b), *Tres novelas teresianas*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 285).
- (1968), *Las criaturas saturnianas*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 300).
- (1969a), *En la vida de Ignacio Morel*, Barcelona, Planeta («Autores Españoles e Hispanoamericanos», 236).
- (1969b), *Nocturno de los 14*, Nueva York, Iberama Publishing Co. [Cito por la ed. en Destino («Destinolibro», 211), de 1983]
- (1973), *Una virgen llama a tu puerta*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 433).
- (1974a), *Las Tres Sorores*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 449).
- (1974b), *La mesa de las tres moiras*, Barcelona, Planeta («Autores Españoles e Hispanoamericanos»).
- (1975), *El futuro comenzó ayer (lecturas mosaicas)*, Madrid, CVS («Ateneo», 5).
- (1976), *El fugitivo*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 478). [1ª ed., 1972]
- (1977), *El Mechudo y la Llorona*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 498).
- (1978), *El superviviente*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 531).
- (1979), *Por qué se suicidan las ballenas (bajo el signo de Sagitario)*, Barcelona, Destino («Destinolibro», 68).
- (1980), *Monte Odina*, Zaragoza, Guara («Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses»). [Última edición, a cargo de Jean-Pierre Ressayre, A Coruña, Edición do Castro, 2003]
- (1981a), *Memorias bisiestas (bajo el signo de Sagitario)*, Barcelona, Destino («Destinolibro», 156).
- (1981b), *La cisterna de Chichén-Itzá*, Barcelona, Acervo.
- (1981c), *Segundo solanar y lucernario*, Zaragoza, Heraldo de Aragón.
- (1982a), *Álbum de radiografías secretas*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 558).
- (1982b), *La kermesse de los alguaciles*, Barcelona, Destino («Destinolibro», 185).
- (1984), *Hughes y el once negro*, Barcelona, Destino («Destinolibro», 215).
- (1992), «Una hoguera en la noche», en *Literatura y periodismo en los años 20. Antología*, ed. de José Domingo Dueñas Lorente, Zaragoza, Edicions de l'Astral («Cuadernos de Cultura Aragonesa», 12), pp. 83-143. [1ª ed., en *Lecturas* (Barcelona), 26-27 (julio-agosto de 1923)]